



CORONA FUNEBRE

QUE A LA MEMORIA

DEL RMO. SEÑOR DON

Miguel Rua

DEDICA REVERENTE

LA CASA SALESIANA DE QUITO

Mayo, 6 de 1910



Rmo. Sr. Don Miguel Rua,

† en Turin el 6 de Abril de 1910.

CORONA FUNEBRE

QUE Á LA MEMORIA DEL

RMO. SEÑOR DON

MIGUEL RUA

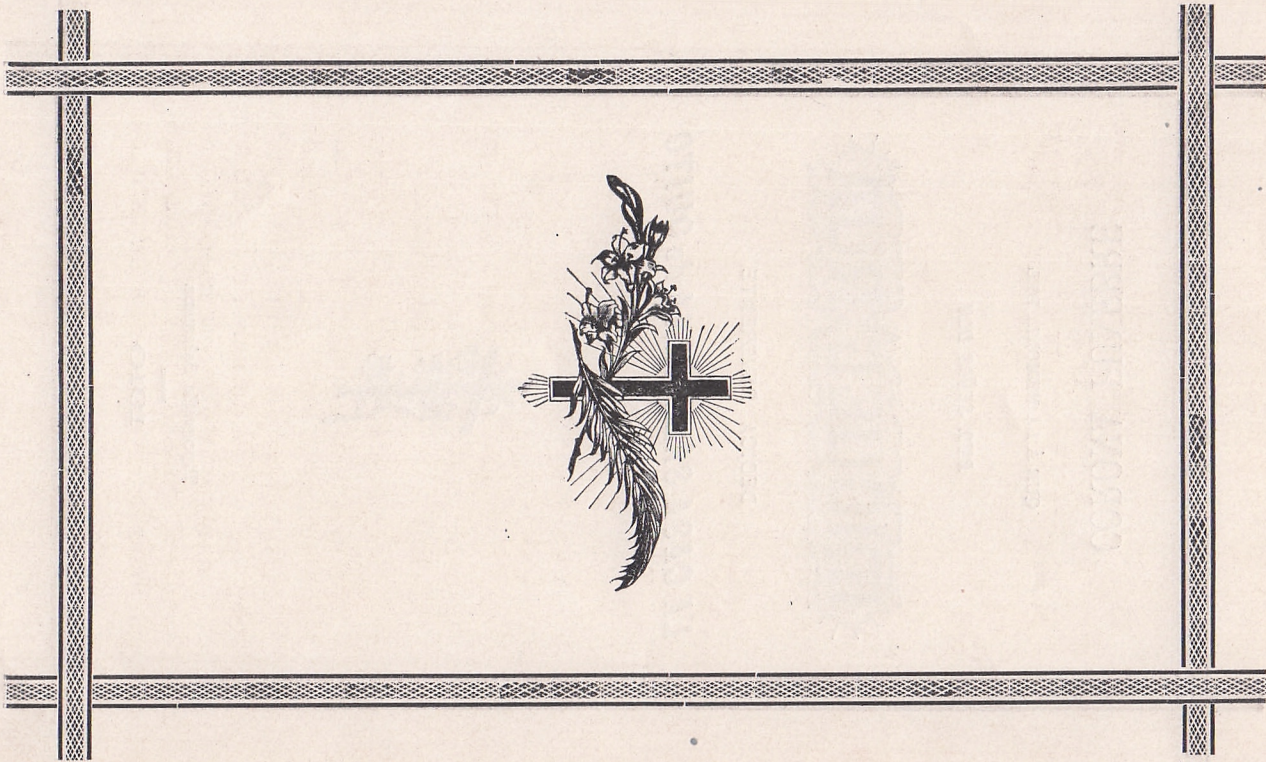
DEDICA REVERENTE

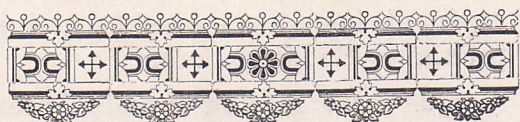
LA CASA SALESIANA de QUITO



Tipografía Salesiana

—
1910





Sobre la tumba del Sr. Don Rua.

EL 7 de Abril de 1910, el cable con sus lacónicas frases, nos anunciaba la inesperada muerte del M. Rev. Sr. D. Miguel Rua.

Así como una súbita tempestad troncha en un momento los frutos de las mieses, ya en sazón, ó las delicadas flores de un bien cultivado jardín, así la noticia de la muerte de nuestro Vble. Superior General vino á tronchar nuestras más halagüeñas esperanzas, que nuestro co-

razón abrigara, con ocasión de sus próximas Bodas de oro.

¿Qué será? Hay en la vida de los hombres circunstancias tales, tales coincidencias de detalles, que imposible se hace el atribuírlas á la casualidad ó á la suerte; sino que es preciso reconocer que la soberana Voluntad de Dios es la que rige los destinos de la humanidad.

Era el año de 1888; el Vble. Don Bosco cumplía 73 años de edad; esperábase con ansia el 24 de Mayo de aquel año, porque en esa fecha el Vble. Fundador iba á celebrar sus Bodas de oro; preparábanse los Salesianos y sus alumnos, las Cooperadoras y Cooperadores todos, eminentes personajes del Clero y laicos para rodear al Vble. Don Bosco de manifestaciones mil de gratitud y cariño.

Mas, ¿qué sucede? la muerte inexorable nos le arrebató, faltando pocos meses para la época tan esperada..... También este año de 1910 había aparecido trayéndonos con sus primeros albores la fausta noticia de otras Bodas de

oro, solemnes, solemnísimas, quizás con mayor pompa que las de 1888: eran las de nuestro inolvidable y nunca bastante bien llorado Rector Mayor, Revmo. Sr. D. Miguel Rua.

Cumplía 73 años, y cincuenta de su primera Misa el 29 de Julio del pte. año. Los preparativos eran suntuosos; el mundo Salesiano de las cinco partes del globo se había conmovido y empeñado solemnemente en este torneo del amor y de la gratitud.

Poco tiempo faltaba, un mes y días, para inaugurarse la grandiosa Exposición de las Escuelas Profesionales, á la que concurrió también nuestra casa de Quito; en pos de dicha inauguración, debíanse seguir los concursos de las Sociedades de Sport, de Gimnasia, de los Oratorios festivos, de las Sociedades de antiguos alumnos, & &. Dos meses y medio faltaban para la gran fecha, el 24 de Junio, día en que D. Miguel Rua, anticipándose un tanto para unir su fiesta al Recuerdo de su idolatrado Padre y Maestro, Don

Bosco, debía celebrar la Misa de oro, acompañada por el Album de las firmas y el óbolo de sus limosnas de centenares de millares de Salesianos y niños, Cooperadores, Amigos y Admiradores de la Obra Salesiana.

¡Imperscrutables designios de Dios! Córtase de improviso el hilo de existencia tan preciosa; y en medio de dolor profundo é inconsolable llanto se nos arrebató al héroe de las fiestas.

Se ha cernido sobre nuestra Pía Sociedad la inexorable muerte, pero, ¡ah!, ¿sobre quién posará esta vez su terrible guadaña? Sobre aquel que admirábamos como el digno Sucesor del Vble Bosco; sobre aquel, á cuya sagacidad, á cuyo gobierno suave, pero enérgico á la vez, estaba confiada la marcha de nuestra Pía Sociedad Salesiana; sobre aquel que, dotado de una alma fuerte y singular carácter, era el obrero incansable de la Caridad; sobre aquel que era para nosotros, los Hijos de Don Bosco, el ejemplo vivo de las virtudes Sacerdotales y Religiosas;

sobre aquel que considerábamos también como el Angel del consuelo en medio de nuestras amarguras y nuestras penas.

¡Muerte cruel! ¿Por qué nos arrebataste al Padre, al Maestro, al Guía? ¿No viste nuestros anhelos para celebrar sus Bodas? ¿No oíste las súplicas que de las 300 y más Casas se elevaron al Trono del Altísimo para que se suspendiera tu fúnebre marcha? ¿Por qué no te detuviste ante los ruegos de millares de Salesianos, y millares de niños que te clamaban “no nos arrebatas á Don Rua”? ¿Desapiadada muerte! ¿por qué sumirnos en amargura tanta?.....¿Por qué? Ah! comprendo, porque Don Miguel Rua, maduro para el Cielo, quizo ir á celebrar sus Bodas de oro allá en compañía del Vble. Don Bosco y á los piés de la taumaturga Virgen Auxiliadora.

Porque no eran los honores del mundo los que buscaba el Sr. Don Rua; sino aquellos honores de más alta esfera que Dios tributa á sus fieles servidores.

Porque, ¿deberé decirlo?, talvez

no éramos dignos ya de conservar entre nosotros á aquel, á quien Pío X llamó: “Reliquia viviente de Don Bosco.”

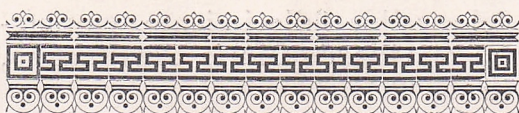
Mientras tanto, ¡oh Padre Amado, nos has dejado huérfanos!; nos abandonaste para siempre; como meteoro desapareciste para no volver nunca jamás!

Cúmplase la santa voluntad de Dios!, y rindamos nuestras frentes á sus inescrutables designios.

Pero, sí, lloremos; el llanto es nuestro único consuelo al contemplar esa tumba, recién abierta; lloremos, sí, no con el llanto de la desesperación y de la desconfianza; sino con el llanto de la resignación cristiana, con el llanto del Hijo, que llora la muerte de su Padre, pero á la vez ante su tumba juremos conservar intacta la gloria de su nombre, imitando sus denodados ejemplos.

Lloremos, sí; pero sobre los sagrados despojos de este Varón de Dios, juremos una vez más ser dignos Hijos de Don Bosco y de Don Rua.

Sac. Guido Rocca.



RELACION

DE LOS FUNERALES CELEBRADOS EN QUITO EN HONOR DEL

RMO. SR. DON MIGUEL RUA

Apenas el cable nos hubo comunicado el luctuoso acontecimiento de la muerte del Revmo. Sr. Don. Miguel Rua, se participó la triste é inesperada noticia á todas las Cooperadoras, Cooperadores y Amigos de la Casa Salesiana.

En seguida, reunidos en sesión extraordinaria los Socios del Comité permanente del SS. Sacramento, se resolvió que se celebraran las primeras exequias, con carácter de privadas, el 13 de Abril, día séptimo

del sensible fallecimiento, en nuestra Capilla de María Auxiliadora, en la Tola.

Efectivamente, se consiguió enlutar suntuosamente nuestra Capilla, y, en el día señalado, se daba cumplimiento á la fúnebre ceremonia. Después de la Misa de Comunidad, en la que comulgaron la mayor parte de nuestros niños, se cantó la Misa solemne precedida por un Nocturno del Oficio de Difuntos. Asistió la Comunidad, los Maestros de los Talleres, los alumnos todos y la mayor parte de los Socios del Comité del SS. Sacramento.

Pero éstas debían ser tan sólo las primeras exequias, de carácter privado, es decir, las que prescriben nuestras Constituciones.

Justo, necesario, indispensable era tributar á la memoria del Varón insigne, del Padre inolvidable, un homenaje que, de alguna manera, correspondiese á la grandeza de sus virtudes y de sus méritos.

Por otra parte, en la Ciudad de Quito, numerosos son los Cooperadores y Cooperadoras Salesianos, y,

no bien llegó á ellos la noticia de la muerte del Vndo. Sr. Don Miguel Rua, manifestaron el deseo de que se celebrasen solemnes y pomposas honras fúnebres, así como se estaba preparando la Velada con que los mismos debían solemnizar sus Bodas de oro, si Dios en sus insondables decretos no nos le hubiese arrebatado con prematura y sentida muerte. Reuniéronse, pues, respectivamente en sesión los Comités de Cooperadoras y Cooperadores Salesianos; se tomaron diferentes acuerdos conducentes á realizar el fin determinado, y luego nombráronse Comisiones para el desempeño de lo propuesto.

Debido á la exquisita bondad del Ilmo. y Rmo. Metropolitano, Mons. Dr. D. Federico González Suárez, del Revmo. Sr. Deán del Cabildo, Sr. Dr. D. Ramón Acevedo, fué puesta á nuestra disposición la Sta. Iglesia Catedral, revestida de luto, con toda la mayor pompa posible.

Destacábase, delante del presbiterio, un soberbio túmulo que llevaba las insignias del Sacerdocio, y á cuyo pié recostábase una im-

ponente Cruz, iluminada con luz eléctrica; Cruz que bien simbolizaba en la ocasión aquella nuestro amor y dolor profundo. Todo se facilitó mediante el apoyo de bondadosas personas y del Gerente de la Empresa pública de Luz Eléctrica.

A la invitación hecha por el Sr. Director del Instituto Salesiano á nombre propio y á nombre de los Comités de Cooperadores, aceptó el bondadoso Sr. Obispo de Portoviejo, Ilmo. y Rvmo. Mons. Fray. Juan M. Riera. S. O. P. officiar en la Misa solemne. Los RR. PP. Mercedarios se prestaron, con fina caridad, para desempeñar el canto, así como el distinguido artista español, Sr. D. José M. Trueba.

Fué señalado el día 6 de Mayo, trigésima de la irreparable pérdida de nuestro Padre y Superior, para las solemnes honras fúnebres.

Todo fué pomposo y correspondió á los deseos que se tenía de honrar, lo más dignamente posible, la memoria del inmediato Sucesor del Vble. Don Bosco.

Numerosa y selecta la concurrencia; majestuosa la celebración de los

Sts. Oficios por el Ilmo. Sr. Obispo de Portoviejo, acompañado por todo el Cabildo Metropolitano; muy bien ejecutado y conmovedor el canto; imponente la asistencia de nuestros alumnos, vestidos de uniforme y precedidos de la bandera del Instituto, enlutada; tristes, hasta llegar al fondo del alma y arrancar lágrimas los acordes de la banda de música.

Pero lo que dió mayor realce á esta fúnebre ceremonia fué la Oración que del Ilustre extinto leyó con persuasivo acento y voz conmovedora el M. R. P. Manuel J. Proaño. S. J. orador insigne y verdadero Apóstol de la Sociedad Quiteña.

Con el desempeño de tan delicado cometido mostró el M. R. Padre Proaño su acendrado y profundo cariño para con los Hijos de Don Bosco; pues no reparó ni en sus múltiples ocupaciones, ni en su edad ya avanzada, ni en la corteidad del tiempo con que contaba.

Nos complacemos en dar publicidad á tan hermosa pieza oratoria, en la que el M. R. Padre Proaño, to-

mando por base el hecho bíblico de Elías y Eliseo, y, aplicándolo con notable maestría al Vble. Don Bosco y á Don Rua, puso de relieve toda la figura de este último, sin olvidar al primero; y, sobre todo, puso de manifiesto la incansable operosidad y fecunda acción del finado Superior General de la Pía Sociedad Salesiana.

Como recuerdo se distribuyó á los asistentes un fotograbado del llorado Padre, llevando al pie los más culminantes rasgos biográficos de su preciosa existencia.

Y para terminar esta breve relación, cúmplenos á los Salesianos agradecer de todo corazón al Ilmo. y Revmo. Sr. Arzobispo, Ilmo. y Revmo. Sr. Obispo de Portoviejo, al Vble. Cabildo Metropolitano, al Clero secular y regular, á los RR. PP. Mercedarios, al M. R. P. Manuel Proaño. S. J. al Rmo. Sr. Canónigo, Sr. Dr. D. Alejandro Mateus, Director Diocesano de los Cooperadores, al Rmo. Sr. Canónigo, Sr. Dr. Ambrosio Negrete, al Sr. D. Vicente Urrutia, al Sr. D. Nicanor Palacios, al Sr. D.

Francisco E. Páez, al Sr. D. José M. Jurado, á los Comités de Cooperadoras y Cooperadores Salesianos y á todas las demás personas que, ya con su eficaz apoyo, ya con su asistencia, no solamente nos acompañaron en el duelo, sino que hicieron más suntuosas é impo- nentes las postreras manifestaciones de la gratitud y del amor de los Hijos de Don Bosco y sus alumnos para con Don Miguel Rua, su Padre, su Superior.





BREVE BIOGRAFIA

DEL

R. Sr. D. Miguel Rua

Nació el Rvmo. Sr. Don Miguel Rúa el 9 de Junio de 1837, en *la Fucina delle Canne*, villorrio situado al Norte de Turin, poco distante de los prados *de Valdocco*, en que por disposición de la divina Providencia, debía desarrollarse maravillosamente el primer Oratorio de Don Bosco.

Fueron sus padres: el Sr. Juan Rua y Dña. Juana Ferrero, personas de escasa fortuna, pero en cambio dotados de preciosas virtudes cristianas.

El padre dejó al niño Rua huérfano, aun en tierna edad; pero se desveló por él su madre, quien, luego sucedió á Margarita Occhiena, Madre del Vble. Bosco, en el Oratorio, en donde murió después de haber gastado gran parte de su vida en beneficio de los huérfanos de Don Bosco.

Tenía á la sazón cosa de siete años, cuando recibió el Sacramento de la Confirmación en

Turín en la Capilla privada del Ilmo. Señor Arzobispo, Mons. Fransoni. Fué en esta ocasión en que conoció por primera vez á Don Bosco, quien al verle puso sobre él su mano y le dijo unas palabras que le llegaron al corazón.

Sus primeros estudios los hizo, como externo, en el Instituto de los Beneméritos Hermanos Cristianos; desde entonces mostró Rua un talento no común, y observó una conducta irreprochable con una aplicación asombrosa.

El Vble. Don Bosco iba á confesar de cuando en cuando á los alumnos del Instituto de los Hermanos Cristianos, y allí Rua tuvo ocasión de conocer algo más á quien, debía ser su Maestro y Padre, y de quien desde entonces, iba recibiendo ya muestras singulares de afecto y predilección.

En el año 1846, contando solo nueve años de edad, fué admitido Rua á la primera Comunión.

Piadoso, serio, diligente y de buen ejemplo para todos sus compañeros, el joven Rua atraía sobre si las atenciones de sus mismos Maestros, quienes, durante algún tiempo, esperaron que Rua llegaría á ser uno de los hijos de la Salle.

Cuando hé ahí que un día Don Bosco le llamó y le preguntó si le gustaría hacerse Sacerdote. «¡Oh mucho!, contestó Miguelito», «Bien, entonces, replicó Don Bosco, prepárate á estudiar el latín».

Durante los años escolares de 1848 á 1851 cursó los tres cursos del gimnasio inferior, ó sea de latinidad, y con grande maravilla de los examinadores sostuvo los exámenes de un modo brillante. Siguió viviendo en su casa con su mamá y sus hermanos, mientras recibía del Prof. Mateo Picco lecciones de retórica; todas las tardes, empero, de los días feriales y los Domingos corría siempre á donde Don Bosco, á su Oratorio. Alumno aún, Don Bosco le en-

viaba como catequista y ayudante á su segundo Oratorio de San Luis.

El 22 de Setiembre de 1852, después de haber consultado al Venerable Don Cafasso, Sacerdote de eximia piedad y rara prudencia, con respecto á su vocación, Miguel Rua, que entonces contaba solo quince años, entró como alumno interno en el Oratorio de Valdocco; el día siguiente con 26 compañeros más partió para Castelnuovo de Asti, para pasar allí algunos días de vacaciones en la casa paterna del Siervo de Dios.

Allí, en una humilde Capilla, el día del Santo Rosario, el 3 de Octubre del mismo año, Miguel Rua vistió el hábito talar de manos del Teólogo, D. Antonio Cinzano, Vicario Foráneo de Castelnuovo.

Desde entonces el Vble. Bosco puso sus miradas de particular complacencia sobre el Acólito Rua, y, éste á su vez, desde entonces, se mostraba solícito y ansioso de observar, estudiar é imitar á su Padre y Maestro. En una ocasión el Siervo de Dios le dijo á su amado Miguel: «Te acuerdas que un tiempo, cuando me pedías estampas, yo te daba la mitad de la mano? ¿Sabes lo que yo quería decirte con eso? Que Don Bosco haría contigo á medias.

Bien pronto comenzó Miguel Rua á ser el ayudante de Don Bosco. Cuando las ocupaciones le impedían á éste de hacer la clase de Sta. Escritura á sus Acólitos, le suplía Rua. Cuando en el 1858 D. Bosco por la primera vez se fue á Roma con el fin de tomar el parecer del Sumo Pontífice con respecto á la fundación de la Pía Sociedad Salesiana, la preferencia de acompañarle en aquel primer viaje, fué reservada á Rua.

El 8 de Diciembre de 1859 se echaban las bases de la nueva Sociedad, y los Socios fundadores, después de haber elegido por aclamación

á Don Bosco para Rector Mayor, y para Prefecto á Don Victorio Alasonatti, (el único Sacerdote que además de Don Bosco había en aquella Asamblea), para el tercer cargo, es decir para Director Espiritual fué elegido por unanimidad Rua, entonces solamente Subdiácono.

Recibió el Santo Sacerdocio, el 29 de Julio de 1860 en *Caselle Turinés*, por manos del Ilmo. y Rvmo. Mons. Balma, Obispo de Tolemaida y Auxiliar de Turin.

El día después, sin ninguna solemnidad especial, celebraba Don Rua su Primera Misa en el Oratorio, en la Iglesia de San Francisco de Sales y, en aquel día, después de las oraciones, daba él en lugar de Don Bosco *las buenas noches* á los alumnos, mostrándose sumamente conmovido y suplicando á todos rogasen á Dios por él para poder cumplir dignamente con los deberes propios de la Dignidad Sacerdotal. Pero en el Domingo siguiente, 5 de Agosto, solemnidad de Nuestra Señora de las Nieves, y octava de su ordenación hubo una fiesta solemne en el Oratorio.

Todos los alumnos estudiantes y artesanos se acercaron á la Sta. Comunión, y el nuevo Presbítero cantó su Primera Misa Solemne, asistido por el mismo Don Bosco. Hubo también una Academia en su honor; de todas partes se gritaba: «Viva Don Rua». El empero procuraba dirigir á su Padre y Maestro todas las ovaciones que se le dirigian.

Desde aquel día Don Bosco y Don Rua entraron en la participación, no sólo del trabajo sino aún de las manifestaciones de gratitud, y de los aplausos de la juventud beneficiada por la Pía Sociedad Salesiana.

En el año de 1863 fué enviado como Director del nuevo Colegio de *Mirabello de Casale*, en donde durante dos años fué el objeto del afecto de aquellos niños; llamado otra vez

al Oratorio en el 1835, ejerció en él el difícil y delicado cargo de Prefecto General de la Pía Sociedad Salesiana hasta el año de 1885, en cuyo año el Sto. Padre le nombraba Vicario de Don Bosco, designándole además como Sucesor de nuestro querido Superior y Padre.

Muerto Don Bosco el 31 de Enero de 1888, León XIII, entonces Pontífice reinante el 11 de Febrero del mismo año, le confirmaba en el cargo de Rector Mayor, ó sea Superior General de la Pía Sociedad de S. Francisco de Sales, con unánime regocijo de todos los Hermanos y aplauso de cuantos le conocían.

Don Miguel Rua gozaba de la ilimitada confianza de todos y, siguiendo fielmente las huellas de su Maestro, supo sostener y desarrollar más y más las no pequeñas empresas que Don Bosco en su muerte dejara.

Alguien temía, y así se repetía aún por la prensa de entonces que, muerto Don Bosco, peligraría la existencia de la Pía Sociedad Salesiana, y de sus Institutos. Pero sucedió todo lo contrario; en primer lugar porque las Obras del Vble. Don Bosco eran obras de la divina Providencia, la cual nunca falta á los suyos, y en segundo lugar porque Don Rua era el hombre llamado y designado por esta misma divina Providencia, no solamente para continuar, sino para dar nuevo vigor é impulso á las obras, sosteniendo las ya existentes, y fundando muchas otras nuevas. De este modo también se cumplían las palabras proféticas del Vble. Don Bosco cuando, en una ocasión, á alguien que manifestaba ciertos temores después de su preciosa existencia, contestaba: «En el Cielo trabajaré mucho más de lo que pueda hacerlo ahora.»

Concluído su primer periodo en el año 1898, en el Capítulo General de aquel año, fué por

unanimidad de votos reelegido para Rector Mayor, cargo difícil y delicado que desempeñó lucidamente y á completa satisfacción de todos hasta el día de su fallecimiento, acaecido en Turin, el 6 de Abril del pte. año.

Si no ha sido difícil presentar los rasgos biográficos del ilustre extinto; no es empero empresa fácil presentar aquí su carácter moral.

Sin prevenir el juicio de la Iglesia, se puede decir que Don Rua fué un Varon Santo, y, si se quiere, santo de una santidad ordinaria; es decir alcanzada con el esfuerzo propio eficaz y constante; no así como Don Bosco, cuya vida fué acompañada con mucho de sobrenatural; santo de una santidad amoldada á las exigencias del día, en que la humanidad se debate entre las convulsiones de una febril operosidad, impulsada á esto por el anhelo del progreso y por la necesidad de la lucha por la existencia. Rara vez se puede ver un hombre más trabajador que Don Rua. Todos los días del año á las 4^{1/2} de la mañana él estaba ya de pié; el primero en las prácticas de piedad, que le tenían ocupado hasta las 8^{1/2} ó 9. Luego recibía audiencias hasta las doce de personas extrañas, que á él acudían en busca de consejos y consuelos. Las horas de refección y de recreo eran para Don Rua el tiempo en que trataba con sus hermanos y despachaba, conversando ya con uno, ya con otro los asuntos de la Sociedad. Cada día su correo no era menos de 300 cartas, á cuya contestación reservaba toda la tarde, retirándose á una casa ú á otra para no ser distraído en su pesada tarea.

Y cuando todos los demás se encontraban ya descansando, se le veía aún á Don Rua paseándose con uno ó con otro de los Superiores ó Directores de Casa, quienes no habían

podido hallarle desocupado un solo instante durante el día, continuando su labor hasta las 11 de la noche, en que retirábase para rezar el Sto. Rosario, quizás, muchas veces, el Breviario, y luego reposar durante muy pocas horas. A esto agréguese las ocupaciones extraordinarias, los viajes para visitar y consolar á sus hermanos, y se tendrá una pálida idea del trabajo de Don Rua, quien personificó en sí «el trabajo santificado.»

Así se explica como durante los 22 años de su Gobierno centuplicara las obras, dando por resultado una multiplicación extraordinaria de casas, pudiéndose decir que una red de Instituciones Salesianas cubren el mundo entero.

Para dar una idea exacta de la operosidad incansable y extraordinaria actividad del Superior, cuya pérdida la creemos irreparable, ponemos aquí un cuadro sintético, en el que con documentos á la vista se establece un paralelo entre el estado de la Pia Sociedad Salesiana á la muerte de Don Bosco y el estado de la misma en el pte. año de 1910.

En el año de 1888, á la muerte de Don Bosco, la Congregación tenía:

Casas en América	31
Casas en Europa	40
	—
Total	71
	=====

Provincias en América.....	6
Provincias en Europa.....	5
	—
Total	11
	=====

Salesianos y Novicios: total..... 371

En el año de 1910, á la muerte de Don Rua la Congregación tiene:

Casas en América.....	135
Casas en Europa.....	179
Total	314

Provincias en América.....	16
Provincias en Europa	18
Total	34

Salesianos profesos perpetuos.....	2770
Salesianos profesos temporáneos.....	899
Novicios	370
Total	4039

NOTA. — Estos datos del Rmo. Sr. Don Rua son sin tener en cuenta las Casas Salesianas que pueden talvez existir en Francia.

Como Superior puédesse decir que supo armonizar una exquisita suavidad de modos con una rara firmeza y constante energía; su virtud particular fué la suma igualdad de carácter que revelaba el dominio absoluto que el Revmo. Sr. Don Rua habia alcanzado sobre sí mismo, y una caridad sin límites, pudiendo decir de él lo que dijo un soberano; «Si yo deseara la inmortalidad, sería para aliviar á los desventurados.» Don Rua hubiera deseado vivir sólo para derramar á manos llenas el bien.

Concluiremos esta breve biografía citando el juicio que de Don Rua enunció en días pasados el diario Bonaerense «La Patria de los Italianos» diario no sospechoso por clerical;

por el contrario, liberal de ideas y de propaganda, al terminar el perfil del Vdo. Sr. D. Rua, concluye diciendo: «La gratitud no reconoce partidos.»

El gran secreto del éxito grandioso obtenido por el Sucesor de Don Bosco se lo debe hallar, sin duda, en el impulso directivo de un hombre, que ha sabido conservar aquella dirección fecunda, propia de las obras Salesianas, desarrollarlas con elasticidad de adaptación y promover la penetración cristiano-social en todo ambiente y en todas las clases sociales. También Don Rua tiene su Programa, y si se quiere, su política, la cual abarca el dolor humano, en todas sus manifestaciones, en el espíritu y en el cuerpo, y armoniza felizmente la Misión del Apóstol con la obra del filántropo, el hombre de la fé con el hombre de la caridad. El no desconoce las exigencias de la vida moderna; pero ha tomado la Sociedad tal como es, y ha intentado modelarla según el ideal cristiano; y así se tuvo una nueva concepción; á saber, el Apostolado Social.

Estos hombres que salen del pueblo, que conocen sus necesidades, sus miserias, sus aspiraciones, que tienen oídos para escucharlas que tienen entrada y voz para llegar allí adonde se llora y se sufre; estos hombres bien merecen de la patria y de la civilización.

Y es justo que los pueblos, que conscientemente aprecian los beneficios proclamen su dictamen popular; dictamen que dura más allá que la retórica del frío mármol. Y los Salesianos son hoy por hoy una entidad que no es posible desconocer; y sería un error político el ponerles obstáculos. Los hechos son hechos, y la elocuencia de los números es formidable. Ellos han grabado una huella popular á su programa tan moderno en cuanto

al tiempo, tan extenso en cuanto al espacio, que está llamado á vivir en los siglos. Ellos han sabido de veras conquistar las almas . . .

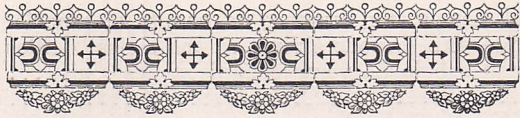
Mirad á Don Rua; en aquel ser pálido, enjuto que camina como una sombra, sólo sus ojos brillan llenos de vida; os mira, os sonríe, os atrae; su mirada penetrante os dice todo; bondad, inteligencia, fé, amor.

En la conexión de sus imágenes había algo de semejante á la mirada de León XIII, cuando bajo las bóvedas doradas de San Pedro tenía rayos de vida que conmovían las masas; pues bien Don Rua poseía el ascendiente del mando y del Gobierno mediante el amor, con todos los caracteres de conquistador de almas, delante del cual se debía ceder ó retroceder y retirarse.»

Este es el hombre que la Pía Sociedad Salesiana, el mundo entero ha perdido, y cuya muerte lamentamos.

G. R.





J. H. S

DISCURSO FUNEBRE

EN LAS HONRRAS DEL

R. P. MIGUEL RUA,

SUPERIOR GENERAL DE LOS HIJOS DE D. JUAN
BOSCO

Requievit spiritus Eliæ super Eliseum

El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo.

IV Reg. II. v. 15

Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo, Vble.
Cabildo Metropolitano, Vble. Cle-
ro Secular y Regular,
Señores:

Buenos hijos han levantado hoy,
en esta iglesia metropolitana de Qui-
to, ese catafalco para humedecerle
con ardientes lágrimas de piedad

filial por la irreparable pérdida de su venerado y amadísimo Padre. Si ellos se muestran, en este acto religioso, hijos dignísimos de su padre; éste, sin duda, es á su vez muy merecedor de los obsequios de tales hijos. ¿Quiénes son ellos? ¿quién el Padre? Ellos son los RR. PP. Salesianos, los hijos legítimos de D. Juan Bosco; y el Padre cuya eterna ausencia deploran inconsolables es el Rmo. Sr. D. Miguel Rua, sucesor inmediato de D. Bosco en el gobierno de los talleres salesianos, extendidos hoy en todo el universo. Esta sola consideración llama á toda la sociedad ecuatoriana, como llama á todos los pueblos de la tierra, á tomar parte en tan justo y tan solemne duelo. Mucho, muchísimo debe el Ecuador á esos beneméritos obreros evangélicos que, animados del espíritu de su Venerable Fundador, sostienen, desarrollan, perfeccionan, aquí como en toda la tierra, aquí como todas las demás asociaciones religiosas de institución moderna, su acción fecunda y bienhechora en favor de todas las clases de la sociedad y muy especial-

mente de los desheredados de la fortuna.

Muchas veces me he hecho á solas esta pregunta: — ¿qué sería hoy por hoy de nuestra querida Patria sin esa acción fecunda y bienhechora de las familias religiosas que poseemos; de los hijos y de las hijas de Vicente de Paúl; de los alumnos de Alfonso M. de Ligori; de Juan Bautista de la Salle; de las MM. de la Providencia; de las del Sagrado Corazón; de las hijas del Buen Pastor; de las de la B. Mariana de Jesús; de los RR. PP. Oblatos, constructores de nuestra Basílica Nacional; de los activos é infatigables alumnos del Vble. D. Bosco? ¡Ah, Señores! anublase la mente, tiembla el corazón á la sola idea de la separación ó ausencia de tan poderosos factores y elementos de la cultura y civilización católicas. . . . Pero nó: Dios está con nosotros: el Redentor del mundo á cuyo Corazón se ha entregado nuestra República, no nos privará jamás de tamaño beneficio: estamos como emparentados con la flor y nata de esas benditas generaciones de la Iglesia; y esto nos im-

pone el deber sagrado de mancomunar nuestros más altos intereses con la suerte de las familias religiosas. ¿Alégranse ellas? Regocijémonos con ellas. ¿Lloran ellas? Acompañémoslas en sus duelos. Esto vamos á hacer en las honras funerales de hoy. Deploraréis vosotros la muerte del extinto: justificaré yo vuestro piadoso y resignado sentimiento.

Requievit spiritus Eliaz super Eliseum.

El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo.

IV Reg. II, v. 15

Levantóse, dice la Divina Escritura, el profeta Elías como un fuego encendido en el celo de la gloria de Dios, y eran sus palabras como teas ardientes por su gran caridad para con el prójimo. Se hizo célebre por sus milagros, y pocos alcanzaron tanta gloria como él. Su nombre estaba escrito en los decretos de los tiempos venideros para aplacar el enojo del Señor, reconciliar el corazón de los padres con los hijos, y restablecer las tribus de Jacob. — ¡Dichosos los que le vieron y fueron honrados con su amistad!

Este gran profeta, así descrito por

el Espíritu Santo, en el libro inspirado del “Eclesiástico”, tomó por discípulo é hijo á Eliseo, hombre pobre, labrador del campo; pero de alma y corazón tan bien dispuestos, que le hicieron digno del trato íntimo y estrecha familiaridad con Elías. Amábanse entrañablemente; y Eliseo veneraba á Elías, como hijo y discípulo á su padre y maestro. Y sucedió que cuando el Señor quiso arrebatarse al cielo á Elías en torbellino de fuego, venían Elías y Eliseo caminando de Gálgala. Y dijo Elías á Eliseo: quédate aquí, porque el Señor me envía á Betel. Al cual respondió Eliseo: “Te juro por el Señor y por tu vida, que no te dejaré” . . . Repítase la misma escena en Betel y en Jericó, y llegan ambos al Jordán, donde Elías se quitó el manto, y doblólo; hirió con él las aguas, las cuales se dividieron á uno y otro lado, y pasaron los dos á pie enjuto. Dícele entonces Elías: “pide lo que quieras que yo haga por tí, antes que sea de tí separado.” A esto contéstale Eliseo: — “Pido que sea en mi duplicado tu espíritu.” Cosa difícil es la que pides, responde Elías: no

obstante si tú me vieres al tiempo que sea arrebatado de tu lado, tendrás lo que has pedido; mas si no me vieres, no lo tendrás. Así proseguían su camino andando y hablando entre sí, cuando he aquí que un carro de fuego, con caballos también de fuego separó de repente al uno del otro; y Elías subió al cielo en un torbellino. Mirábale Eliseo y clamaba en alta voz: — “Padre mío, Padre mío: Carro armado de Israel, y conductor suyo... Y ya no le volvió á ver más. Entonces asió sus vestidos, y rasgólos en dos partes en señal de dolor: recogió luego el manto que se le había caído á Elías, y volviéndose se paró en la ribera del Jordán; hirió con el manto que se le había caído á Elías las aguas, las cuales no se dividieron: por lo que dijo: — ¿dónde está ahora el Dios de Elías? — Hirió nuevamente las aguas, y se dividieron á un lado y á otro: con lo que pasó Eliseo. — Vieron esto muchos descendientes de profetas, y dijeron: — “*El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo,*” y saliéndole al encuentro, le hicieron

profunda reverencia postrados en tierra”.....

Disculpad, Señores, la cita un tanto prolija, aunque compendiada, del texto sagrado, cuya aplicación al ilustre y venerando Personaje, objeto de esta fúnebre pompa, me suministra los materiales necesarios para tejer su elogio, casi improvisado.

Digo, pues, que el V. Don Juan Bosco es el Elías del siglo XIX y el Rmo. Sr. D. Miguel Rúa el Eliseo del mismo siglo y de los primeros días de nuestra vigésima centuria.

No hablaré de un modo especial del V. Juan Bosco: lo primero porque no es esta la ocasión; lo segundo porque él os es ya más conocido; lo tercero porque cuanto diga del Rmo. Sr. D. Miguel Rúa redundará en positiva gloria del que fue su padre y maestro, según aquel apotegma: *honor discipuli, gloria magistri...* Así que me contento con decir en común que la forma propia y característica de todas las altas virtudes del V. Fundador de los Talleres Salesianos fue la caridad para con Dios y para con todos los hombres. Leed la historia de su vida, seguidle en

todos sus pasos y heroicas empresas, y descubriréis en él la personificación más sublime de la caridad elevada en nuestros días á toda la perfección que exige de ella el grande Apóstol de las gentes cuando escribiendo á los corintios les decía: “la caridad es sufrida, es dulce y bienhechora: la caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, complácese sí en la verdad: á todo se acomoda, cree todo el bien del prójimo, todo lo espera, y lo soporta todo. La caridad nunca fenece; en lugar de que las profecías se terminarán, y cesarán las lenguas, y se acabará la ciencia.”

Tal fué en la tierra la caridad del V. Juan Bosco: por eso le he llamado el Elías del siglo XIX.

¿Quién fue su Eliseo? El Rmo. Sr. D. Miguel Rúa, Superior General de la Pía Sociedad Salesiana el cual acaba de morir. Por eso es preciso que os le dé á conocer para apreciar en su justo valor toda la

gravedad de la pérdida que deploramos.

Nació Rua el 9 de Junio de 1837 en Turín, ciudad célebre del Piemonte en Italia. No recibió de sus padres bienes de fortuna: mas sí los cuidados de una crianza esmerada, en sabias enseñanzas y ejemplos saludables que depositaron en su corazón bien dispuesto preciosos gérmenes de virtudes cristianas. Niño aún, frecuentó las Escuelas de la Salle distinguiéndose entre todos por su conducta acrisolada y aplicación constante. Cuando apenas contaba ocho años perdió al autor de sus días: mas la Divina Providencia le socorrió en su orfandad dándole otro padre: este era D. Bosco quien desde entonces tendió sobre el niño el rico manto de su caritativa y generosa protección. Así hizo el profeta Elías con Eliseo. Y bien, ¿Rua niño devolverá á su protector el beneficio recibido? Sin duda: y se le devolverá con usura.

Efectivamente desde entonces, esto es, desde 1845, comienza á frecuentar el Oratorio festivo de Valdocco, cuna bendita de la Pía Socie-

dad Salesiana: á principios de 1852 entra como alumno interno en el Oratorio de S. Francisco de Sales; y el 3 de Octubre del mismo año recibía de manos de D. Antonio Cinzano, Vicario Foráneo de Castelnuovo, la librea ó talar vestidura del levita. Cuando en 1858 debió D. Bosco hacer su primer viaje á Roma, llevó consigo á Rua como acólito é inseparable compañero. El 18 de Diciembre de 1859 se habían fijado establemente las bases del nuevo instituto; y D. Rua, á la sazón simple subdiácono, es elegido, por unanimidad de votos, Director espiritual de la nueva Sociedad. Este sólo nombramiento nos revela, Señores, la superioridad de su espíritu. No era aun sacerdote, y en el concepto de todos sus hermanos era ya muy capaz de ejercer en una corporación naciente el delicado cargo de Maestro y Doctor de la perfección evangélica. . . .!

Mas sigámosle en su brillante carrera sacerdotal. Era el 29 de Julio de 1860, cuando Mons. Balma, Obispo Auxiliar de Turín, ordenaba al joven Rua de Sacerdote. Esto aguar-

daba con ansia el Vble. Bosco, quien abrazando con entrañable amor á *su Eliseo*, repitió lo que antes le había dicho: — “Los dos haremos á medias” . . . Estas solas palabras de un Bosco elevan á Rua al mismo nivel del glorioso Fundador de los Talleres Salesianos. Estas solas palabras equivalen al elogio más elocuente que hacerse puede del extinto; porque de hecho Rua satisfizo plenamente á los deseos y esperanzas del protector, del maestro, del padre adoptivo, de quien fue, en el espíritu, trasunto fidelísimo.

Ved á Rua en acción. Es ya sacerdote, y en 1863 es enviado como Director del Colegio de Mirabello que acaba de fundarse; pasa en 1865 á Turín para ejercer el difícil y delicado cargo de Prefecto General de la Sociedad Salesiana hasta 1885, año en que el Padre Santo León XIII le nombra Vicario de D. Bosco, quien tenía ya la salud muy quebrantada. Muere santamente D. Bosco el 31 de Enero de 1888, y el 11 de Febrero del mismo año, Rua recibe del Soberano Pontífice la confirmación en el cargo de Rector Ma-

yor de la Pía Sociedad Salesiana, para el cual fué unánimemente reelegido en el Capítulo General de 1898. Desempeña, en fin, tan elevado cargo hasta el día de su fallecimiento en Turín, el 6 de Abril del presente año.

Y bien, ¿quién puede ponderar debidamente el cúmulo de prendas y virtudes naturales y sobrenaturales que desplegó en su gobierno de algo más de cinco lustros? Fué Rua hombre de gobierno en toda la extensión de la palabra: su prudencia fué exquisita, su justicia inviolable, su templanza severa, su fortaleza heroica. A la vez firme y afable no gobernó á los suyos sino con las riendas de la caridad y del amor: y en medio de los contrastes de la vida y de tantos y tantos obstáculos á sus grandes empresas, supo conservar una igualdad de ánimo maravillosa, inalterable. Rua fué el hombre de fe: penetrado del verdadero espíritu de su vocación esperó en Dios, y con esta fe y con esta esperanza dió vigoroso impulso á la grande obra de su padre y maestro; el Vble D. Bosco.

El mayor milagro de este siervo de Dios, Dn. Bosco, es el sorprendente desarrollo adquirido por su Congregación desde el día de su muerte. En vez de morir, como auguraban algunos pesimistas, la Sociedad Salesiana, ha visto ella multiplicarse extraordinariamente el número de sus casas y el de sus socios, porque cuenta en el cielo con un gran protector.

A las personas que manifestaban al Siervo de Dios cierta inquietud por el porvenir de su Congregación, respondía él con la mayor mansedumbre: — ¡No habéis visto montar la guardia en el palacio real de esta ciudad? Los centinelas están en sus puestos; cuando toca la hora de relevo, trasmite cada uno la consigna al que llega para sustituirle, se retira, y el palacio continúa custodiado. Yo soy un soldado, un centinela; cuando Dios me llame, pondrá á otro en mi lugar, y todo seguirá como antes”. — Y en el lecho de muerte, cuando ya estaba próximo á abandonar este mundo, decía á los suyos: — “La Congregación nada debe temer; cuenta con hombres formados. Nues-

tro Instituto es guiado por Dios y protegido por María Auxiliadora.”

Esta predicción ó promesa del gran Elías del siglo XIX se ha realizado aun más de lo que suenan las palabras. Vemos hoy una red inmensa de Instituciones Salesianas tendida en todo el ámbito del mundo entero: millares y millares de niños y jóvenes celebran con el acento de la más profunda y religiosa gratitud los preclaros nombres de sus dos grandes bienhechores D. Juan Bosco y D. Miguel Rua.

¿Queréis de esto una prueba convincente? Hable la estadística, hablen los números. Ellos nos muestran el muy consolador y admirable progreso de la Pía Sociedad Salesiana. En 1888 á la muerte de D. Bosco, la Congregación contaba en América 31 casas que formaban 6 Inspectorías ó Provincias; en Europa 40 casas que respectivamente correspondían á cinco provincias; el número total de miembros del Instituto, entre religiosos y novicios, llegaba apenas á 371 en todo el orbe.

En 1910, á la muerte de D. Rua, la Congregación tiene en América

135 casas y 16 provincias; en Europa 179 casas con 18 Inspectorías ó provincias: y el número total de individuos del Instituto asciende hoy á la elevada cifra de 4.039; de los cuales 2.770 son salesianos profesos de voto perpetuo; 899 salesianos profesos de voto *ad tempus*, ó temporáneo; y novicios, 370. Ahora bien, si comparamos estas dos estadísticas entre sí, observaremos que el número de salesianos, bajo el gobierno de D. Rua, supera once veces más al de la estadística formada á la muerte de D. Bosco en 1888; y esto en el breve lapso de 22 años.

¿Qué os parece, Señores? ¿No es esta muy grande gloria de D. Rua? Y sin embargo toda, cuanta es ella, se refunde en D. Bosco. . . . Cuando Elías fue arrebatado al mundo por un torbellino, en carroza de fuego, dejó en herencia á su fidelísimo discípulo Eliseo su propio manto con el cual partió las corrientes y pasó á pie enjuto el cauce del Jordán. Vieron esto muchos descendientes de profetas, y dijeron: — “El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo:— *Requievit spiritus Eliae super Eli-*

seum . . . , y saliéndole al encuentro, le hicieron profunda reverencia prostrados en tierra” No de otro modo cuando Bosco iba al cielo, arrebatado en las alas de encendida caridad, lloraba Rua sin consuelo y con voz entrecortada decía: “¡Padre mío, Padre mío: Carro armado de Israel y conductor suyo! pues me dejas; pídotte que sea en mí duplicado tu espíritu Oyele Bosco, y deja á Rua en herencia el rico manto de su amor y caridad, esmaltado con las piedras preciosas de todas las virtudes evangélicas.

Si, Señores: sin prevenir el juicio de la Iglesia, yo digo que Bosco y Rua, como Elías y Eliseo, fueron santos. Fue santo Bosco en el juicio privado del Vicario de Jesucristo, del gran Pontífice León XIII. En la primera audiencia que dió este Papa á Rua: “*tu eres*, le dijo, *sucesor de un santo.*” Fue también santo Rua en el concepto de Don Bosco, quien hablando de *su Eliseo* en cierta ocasión dijo solamente: — “Don Rua haría milagros, si quisiera.” — Ambos dejaron ya la tierra para subir al cielo Nunca es más triste

y dolorosa la ley inevitable de la muerte que junto á la tumba de los hombres buenos y de los grandes bienhechores de nuestra pobre humanidad. Por esto es justo llorar su ausencia eterna: mas nuestro dolor tiene un lenitivo. La Iglesia, como lo fué, será hasta la consumación de los siglos, Madre fecundísima de Santos. Si muere uno, sobrevendrá otro que enjugue nuestras lágrimas, como lo vemos en la maravillosa sucesión de D. Bosco y de D. Rua. Para esto es necesario, oh afligidos hijos de la Pía Congregación Salesiana, que guardéis indeleble la santa memoria de vuestros progenitores; y que sin perder nunca de vista el fruto copioso que alcanzaron en su peregrinación sobre la tierra, os esforcéis también vosotros en ser fieles y constantes imitadores de su fe, de su vida y costumbres. — “*Mementote praepositorum vestrorum, quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem.* De este modo se perpetuará entre vosotros la sucesión gloriosa de nuevos y nuevos Eliseos de cada uno de los cuales diga la humanidad agradecida. —

“Requievi spiritus Eliae super Eliseum: — El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo.

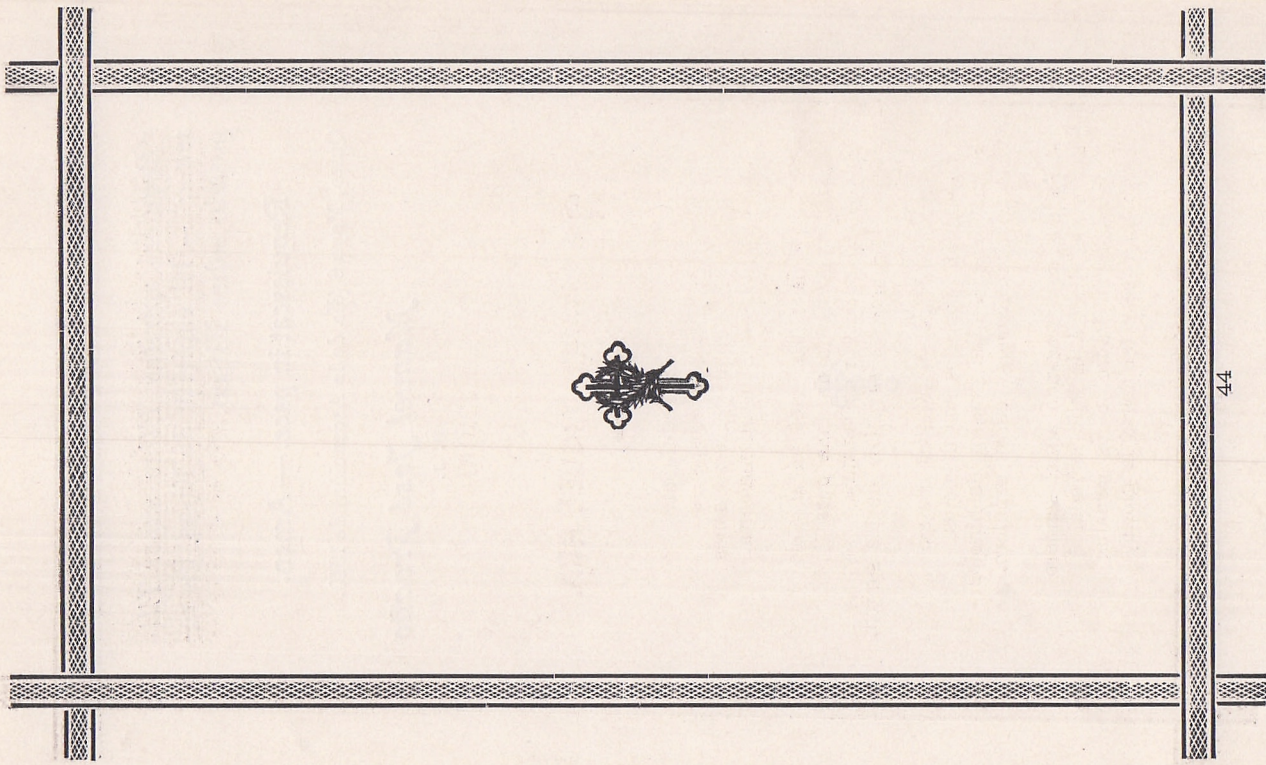
Requiescat in pace. — Amen.

Quito, Mayo 6 (día de la Ascención) de 1910.

Manuel José Proaño

S. J.







A LA MEMORIA

DEL

RDO. PADRE MIGUEL RUA.

De virtudes el astro refulgente
Al Ocaso llegó; negros crespones
Colgó la parca impía; y tristes sonos
Tan sólo nos recuerdan su memoria.

Cual águila caudal voló ya al cielo
A recibir el premio de alma pura
Dejando el dolor, la desventura,
Porque la tierra no es patria de los santos.

Aquí sus hijos en fúnebre cortejo
Contemplan desolados sus despojos,
Y una ofrenda filial puestos de hinojos
Colocan cual recuerdo en su sepulcro.

Ya nos dejó trazando aquel sendero
Por do se llega á la feliz morada.
Ayúdanos ¡Oh Padre! en la jornada;
También lo seas tal desde la gloria.

Si el ejemplo de virtud nos falta
Iremos al sarcófago sagrado;
Y tan sólo en tu nombre compendiado
Veremos hasta heroico el sacrificio.

El huérfano te llama: no respondes;
Le falta el dulce néctar del consuelo;
Y al mirar las señales de tu duelo,
Conténtase con huérfana plegaria.

Al recordar de tu bondad el pobre,
Se acerca á la tumba solitaria;
Mas sólo encuentra la losa funeraria,
La cual adorna con lágrimas copiosas.

Si; llorad, gemid, huérfano y pobre;
Justo es vuestro dolor, vuestro lamento;
Pues yo también con gemebundo acento
Una lágrima más pongo en su tumba.

José Cordero



EL PADRE MIGUEL RUA

SUPERIOR GENERAL DE LOS SALESIANOS, MUERTO
EN TURÍN EL 6 DE ABRIL DE 1910.

La orden Salesiana perdió con la desaparición del P. Miguel Rua, acaecida en Turín, ciudad de su nacimiento, un elemento de labor y constancia, y el pilluelo de las grandes capitales un maestro y un apóstol de bondad.

Desde la época de su ordenación Sacerdotal su acción y su voluntad se dejan sentir, impresionando su espíritu culto y bondadoso con el estímulo de la figura de Don Bosco, cuyo cetro heredó á la muerte de aquel, en 1888.

Fué entonces cuando el capítulo de la orden Salesiana lo ungió director de aquella numerosa familia, arraigada en todo el orbe, y realizando en él, su ministerio de paz y de concordia.

Don Bosco y Don Rua, directores y exponentes de su obra, compendian esos méritos y aquilatan sus gestiones.

El Padre Rua, ha caído en su puesto de combate coronado por las rosas blancas de su apacible vejez y rodeado del cariño y de la admiración universal.

Y á los 73 años, es este el más cumplido homenaje y la seguridad de que su paso no deja más que estímulos.

(De 'El Grito del Pueblo')

48



